

NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso
Universidad Nacional de Rosario
DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

La recepción del postestructuralismo en la Argentina

Roberto Retamoso
Universidad Nacional de Rosario

1. Consideraciones generales

Hablar de la recepción del postestructuralismo en la Argentina no deja de representar un acto que colisiona con los principios o fundamentos de esa corriente teórica: si el postestructuralismo desecha las consideraciones históricas, sociológicas o culturales a la hora de analizar un texto, para concentrarse en la práctica textual, el estudio de su recepción no podría prescindir de tales consideraciones, por tratarse —justamente— de un fenómeno fuertemente imbricado en aspectos históricos, sociológicos y culturales propios de este país.

Para que este planteo se comprenda adecuadamente, es necesario recordar que la Argentina ha sido, desde sus orígenes, un país dependiente respecto de las potencias hegemónicas a nivel mundial: Inglaterra, en el siglo XIX, y Estados Unidos en el siglo XX.

Por *dependiente* entendemos una nación y un estado que, lejos de actuar con autonomía, lo hacen sometidos a los intereses, los proyectos y las políticas expansivas de dichas potencias. Ello conlleva, desde luego, la conformación de una estructura social, económica, política y cultural de carácter *semicolonial*, por utilizar una categoría de la tradición trotskista, predicable sobre un conjunto de países como los latinoamericanos que accedieron formalmente a la independencia política en el siglo XIX, pero continuaron funcionando como colonias en el plano de su vida económica, social y cultural. Por tal razón, la historia argentina en sus distintas vertientes — política, económica, social o cultural— no podría entenderse ignorando la posición dependiente que, desde siempre, ha caracterizado al país.

Y si ello es un aspecto relevante a nivel de la historia económica, política y social, no lo es menos a nivel de la historia de la cultura argentina. Al respecto, debemos precisar que, para nosotros, esta expresión designa —por lo menos— un conjunto de prácticas estéticas, filosóficas, científicas y pedagógicas que abarcan desde instancias de producción hasta instancias de circulación y consumo de bienes simbólicos. Lo cual, asimismo, nos obliga a detenernos puntualmente en la cuestión de los soportes institucionales de dichas prácticas, entendiendo por tales a la totalidad de las instituciones públicas y privadas donde las mismas se desarrollan.

Dentro del ámbito institucional donde se sostienen las prácticas culturales y pedagógicas en la Argentina, la



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

universidad es uno de los espacios donde ellas adquieren particular relevancia. Surgidas algunas en el período colonial, las universidades argentinas fueron desde sus orígenes instituciones en las cuales, más que de producción de saberes, se trató de una reproducción de saberes generados en los países dominantes. Y en el caso de las facultades de humanidades y ciencias sociales, lo que se verifica, a lo largo de la historia, es una inmensa influencia de las producciones generadas por la cultura francesa, sin que esto suponga en absoluto el desconocimiento de otras tradiciones culturales.

La estructura dependiente de la Argentina y el carácter inestable de sus instituciones públicas hizo que a lo largo del siglo XX —un siglo de *aggiornameto* cultural que ha sido entendido, de manera convencional, como un período de *modernización*— las circunstancias políticas propias de la vida nacional incidieran, de forma constante, sobre la vida universitaria. Por acción y reacción en relación con tales circunstancias, la actividad de las universidades estuvo sumamente condicionada, y lo que en ellas ocurrió no podría entenderse sin tomar en cuenta el contexto político de sus avatares.

2. Política y Teoría Literaria

A lo largo del siglo XX, la enseñanza de la Teoría Literaria en la Argentina estuvo sumamente condicionada por las circunstancias políticas propias de la vida nacional. La primera parte del siglo transcurrió signada por las primeras rupturas de la institucionalidad establecida por la Constitución Nacional o, en otros términos, por los primeros golpes de estado que depusieron gobiernos elegidos democráticamente por la ciudadanía, para sustituirlos por gobiernos autoritarios *de facto*, en manos de las fuerzas militares de la república.

Durante ese período, la enseñanza de los aspectos teóricos de la literatura se desarrolló de acuerdo con los paradigmas propios de los estudios históricos, filológicos y estilísticos. El historicismo había aparecido ya a principios del siglo XX con la creación de la cátedra de Literatura Argentina de la Universidad de Buenos Aires, a cargo de Ricardo Rojas, quien publicó la primera Historia de la Literatura Argentina en la segunda década del siglo. Los estudios filológicos acompañaron ese proceso, y ya en la cuarta década irrumpieron los estudios estilísticos, en consonancia con el auge y desarrollo de las corrientes estilísticas europeas, muchas de ellas de cuño germanístico. En ese marco, las corrientes propias de la crítica marxista no tuvieron manifestaciones significativas en la vida universitaria, demasiado plegada sobre las prácticas y los saberes de tinte conservador.



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

Sería la segunda mitad del siglo XX la que vería la aparición de esas corrientes críticas en las universidades argentinas. En 1955 se produjo un nuevo golpe de estado militar que depuso al gobierno constitucional de Juan Perón, y dispuso la proscripción del movimiento peronista. El gobierno militar se prolongó hasta 1958, pero la proscripción del peronismo se mantuvo aún en el marco de nuevos gobiernos constitucionales, hasta que recién en 1973, al concluir otro gobierno militar que rigió desde 1966 hasta ese año, se permitió que el peronismo participara de las elecciones presidenciales, en las que triunfó su candidato, Héctor Cámpora.

En las universidades, por su parte, se repuso a partir de 1955 el sistema reformista de gobierno. El reformismo fue un movimiento estudiantil de carácter democratizador que en 1918 logró imponer en las universidades formas democráticas de cogobierno, donde los claustros de estudiantes, docentes y graduados elegían sus representantes en el gobierno universitario. El sistema reformista fue repuesto, como se dijo, por el gobierno militar de 1955, produciéndose la paradoja de que se establecía un mecanismo electivo de autoridades dentro de las universidades, mientras que se mantenía proscrito al movimiento político mayoritario por fuera de ellas. De todos modos, las premisas reformistas de autonomía y cogobierno posibilitaron el advenimiento de un nuevo ciclo, en el que la actividad académica, tanto a nivel de las investigaciones como de la enseñanza, logró resultados importantes. Ese ciclo floreciente se vería interrumpido cuando en 1966 otro golpe militar vino a intervenir las universidades, provocando el éxodo de centenares de profesores e investigadores, y el establecimiento de un régimen ciertamente oscurantista y conservador.

Notoriamente, en ese contexto de inestabilidad política e institucional se produce una verdadera actualización de la teoría literaria en el ámbito universitario. A partir de 1955 irrumpe una nueva crítica, surgida al calor de la experiencia de la revista *Contorno*, fundada en las postrimerías del primer ciclo peronista. Esa crítica representaba una amalgama de posiciones existencialistas —de impronta sartreana— y posiciones marxistas, no despojadas de reminiscencias hegelianas.

La novedad que introduce *Contorno*, que más que una publicación académica era una publicación parauniversitaria, es su propósito de analizar la literatura nacional superando los supuestos de la crítica *espiritualista* y de la crítica *liberal*, entendiendo por tales las producciones de autores como Ezequiel Martínez Estrada o Eduardo Mallea en el primer caso, o los autores nucleados en la revista *Sur* en el segundo. Por ello, sus representantes más destacados, como David Viñas, Adolfo Prieto, Oscar Masotta o Noé Jitrik, se proponen estudiar la literatura argentina como un hecho histórico,



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

político y social, analizando las mediaciones que se establecen entre texto y contexto. Para ello habrán de recurrir tanto a los aportes del existencialismo sartreano como a la sociología de la literatura o la historia social de las prácticas literarias.

El florecimiento de esa primera corriente de crítica radical se mantuvo a lo largo de la década que transcurrió entre el golpe militar de 1955 y el de 1966. Al producirse la intervención militar de las universidades en 1966, sus aulas y laboratorios quedaron desmantelados de toda presencia contestataria, como ya se dijo. Pese a ello, a partir de 1968 se comienza a desarrollar un importante proceso de resistencia sindical a la dictadura en todo el país, lo que desembocó, en 1969, en enormes movilizaciones de masas en las principales ciudades del interior, como Córdoba, Rosario, Corrientes o Tucumán. Junto con ello, a partir de 1970 surgen movimientos de guerrilla urbana, como Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo, que contribuyeron de manera decisiva a poner en jaque al régimen militar.

En ese contexto, en 1968, surgen en la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires un conjunto de cátedras conocidas como las *cátedras nacionales*, donde un grupo de profesores opositores al gobierno militar comienzan a desarrollar un programa de teoría crítica a nivel político y cultural. Ese programa se sostenía en posiciones *latinoamericanistas*, que reivindicaban el proyecto independentista de las naciones de la región, a partir de un corpus teórico heterogéneo donde convivían autores latinoamericanos como José Mariátegui o José Martí, europeos como Antonio Gramsci, argelinos como Frantz Fanon, asiáticos como Mao Tsé Tung o Ho Chi Minh, nacionalistas argentinos de izquierda como Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui, y el infaltable Ernesto «Che» Guevara.

La aparición de las cátedras nacionales representó un proceso de erosión del control militar sobre las universidades que no se detendría. En ese proceso, las cátedras de Teoría Literaria abren sus puertas al estructuralismo europeo, particularmente francés. Saussure, Lévi-Strauss, Greimas, Benveniste, el primer Barthes, Todorov, junto con los Formalistas Rusos, son apellidos que comienzan a sonar, con fuerza, en las clases y los artículos de los profesores de Teoría Literaria por aquel entonces.

Y ya a fines de esa dictadura militar, en medio de una *debacle* universitaria incontenible, irrumpe el postestructuralismo en las aulas de la universidad argentina. Lo hace de la mano de autores como Julia Kristeva, Philippe Sollers, Roland Barthes, Jacques Derrida, Mijail Bajtin e incluso Jacques Lacan, iluminados



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

todos por el faro que representaba, por aquellos años, la revista *Tel Quel*.

Entre 1973 y 1976 se desarrolló un breve período político caracterizado por la radicalidad de las posiciones que exhibía, en su propio seno, el movimiento peronista, que se iban dirimiendo cada vez con mayor intensidad, por medio de la fuerza y la violencia política. La sociedad argentina vivía sumida en experiencias de confrontaciones armadas, que hacían presagiar desde una guerra civil hasta una «solución» militar, como finalmente ocurrió. Pese a ello, o quizás como consecuencia de ello —aunque esta hipótesis no pueda sostenerse rigurosamente—, se produjo un intenso trabajo de lectura, apropiación y utilización de esa bibliografía francesa que caló tan hondo en las cátedras de Teoría Literaria. Representaron ese fenómeno de recepción teórica, por aquel entonces, investigadores y docentes como Nicolás Rosa, Josefina Ludmer o Noé Jitrik, y los redactores de la revista *Líteral* publicada entre 1973 y 1977, que, a pesar de no estar situada en los espacios universitarios, tuvo una gran influencia sobre ellos. De *Líteral* participaron, entre otros, Germán García, Osvaldo Lamborghini y Luis Guzmán, cuyos nombres no aparecían porque los textos se editaban de manera anónima y colectiva, al modo de algunas vanguardias europeas.

El golpe militar de 1976, el más sanguinario y brutal de la historia argentina, vino a terminar de cuajo con esa experiencia. Profesores como Rosa, Ludmer o Jitrik fueron expulsados de sus cátedras, amenazados de muerte y silenciados públicamente, lo que hizo que algunos debieran exiliarse, como Noé Jitrik, que marchó a México. Distinto fue el caso de Nicolás Rosa y Josefina Ludmer, que optaron por permanecer en la Argentina, con todos los riesgos que ello suponía.

Y así fue como, transcurridos los primeros años de la dictadura genocida que produjo 30 000 detenidos-desaparecidos, comenzaron con una tarea de enseñanza privada y clandestina, destinada a estudiantes y jóvenes graduados en formación, que acudían a sus clases para recibir una educación que sería impensable en las aulas universitarias. También participó de esa experiencia pedagógica Ricardo Piglia.

De ellos, los más ligados al campo del postestructuralismo fueron Rosa y Ludmer. En sus clases privadas se estudiaba autores como Barthes, Kristeva, Bajtin, Derrida, por mentar algunos de los nombres icónicos del postestructuralismo francés, lo cual representaba no solo una adscripción a esa corriente teórica, sino además un verdadero gesto de resistencia política y cultural. Pero la dictadura militar que gobernó entre 1976 y 1983 significó, entre tantas cosas, un momento de declinación de la experiencia postestructuralista argentina. En 1978, en



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

plena dictadura, apareció la revista *Punto de Vista* que liderara Beatriz Sarlo, lo que representó un claro desplazamiento de los paradigmas de la teoría literaria en el campo intelectual local.

Con *Punto de Vista* irrumpen en la Argentina los estudios culturales inspirados en Raymond Williams, la estética de la recepción basada en la obra de Hans Robert Jauss, al tiempo que se recupera la tradición sociocrítica inaugurada en los años cincuenta por la revista *Contorno*. De ese modo, empezaría a gestarse una nueva configuración del dominio de la Teoría Literaria en el país, que haría eclosión a partir de 1984, con el restablecimiento de la institucionalidad democrática, y la reposición —hasta hoy felizmente inalterada— del sistema reformista de gobierno universitario. A partir de ese momento, las cátedras de Teoría Literaria en las universidades se abrirían a los Estudios Culturales, a la Crítica Queer y Feminista, a la Sociosemiótica o el Análisis del Discurso, en un movimiento epistemológico que parecía empeñado en practicar un ajuste de cuentas con las teorías meramente textualistas.

3. El momento del postestructuralismo vernáculo

Como se indica más arriba, la hora del auge de la crítica postestructuralista en el país estuvo situada en el lapso que va desde los últimos años de la década del 60 hasta la primera mitad de la década del 70 del siglo pasado. Sus resultados han sido múltiples y diversos y de dispar jerarquía teórica y metodológica. Por tal razón, y como el propósito de este artículo no es otro que el de comentar algunas de las manifestaciones más relevantes de esa tendencia, nos centraremos en cuatro de ellas, representadas por una serie de trabajos críticos pertenecientes a Noé Jitrik, Josefina Ludmer, Gerardo Mario Goloboff y Nicolás Rosa.

Si bien cada uno de esos trabajos supone una impronta autoral que lo distingue, todos se sitúan en el común horizonte de la teoría postestructuralista, por lo que resultará oportuno recordar el conjunto de proposiciones teóricas que caracteriza a dicho horizonte, tanto en el ámbito de su generación como en el de su recepción local. Digamos, en consecuencia, que esos trabajos giran en torno a un objeto —y un concepto— teórico, *el texto*, tal como aparece formulado en Barthes, Kristeva, Sollers e incluso Derrida. Objeto —y concepto— que se piensan como *efecto de una práctica productiva sobre el lenguaje*, y ya no como mera empiria de un objeto delimitable y computable.

Para el postestructuralismo, originario y local, esa práctica es *ilimitada*, puesto que atraviesa las fronteras de las obras y los géneros, proyectándose sobre el campo siempre



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

abierto de las relaciones *intertextuales*: así, la práctica textual, materialista y productiva, es lo que posibilita el advenimiento *de los objetos y los sujetos textuales*, los cuales, lejos de preexistir a la producción del texto, se constituyen a partir de esa experiencia, tal como proponen Barthes, Kristeva y Derrida.

Por otra parte, esa práctica reclama de modelos teóricos idóneos para ser analizada y explicada. A esos modelos el postestructuralismo los encuentra en el pensamiento liminar de Marx y Freud, que supieron teorizar sobre los modos de producción de las mercancías y los procesos de producción onírica. El análisis textual se valdrá de esos modelos, en consecuencia, como también de los que ofrece la lingüística en sus distintas vertientes teóricas —estructuralismo, transformacionalismo— para tratar de amalgamarlos en una formulación teórica que es asimismo abierta e inconclusa, como sostiene Kristeva.

Esa suerte de sincretismo teórico propugnado por el postestructuralismo reconoce otros componentes fundamentales: por ejemplo, las teorizaciones de Bajtin sobre la novela y los géneros bivocálicos, o las investigaciones de Saussure sobre los anagramas.

De Bajtin se recuperan los conceptos de *dialogismo* y *polifonía* que anticipan, según Kristeva, el concepto postestructuralista de *intertextualidad*, al desplazar, lo que en Bajtin son relaciones interdiscursivas, al plano de relaciones *entre* textos. O, en otros términos, al transponer el registro de la oralidad —que es propio de la concepción bajtiniana de palabra y el discurso polifónicos— al plano de lo grafemático, entendido como el sustrato material de las prácticas de escritura y lectura.

De Saussure, por su parte, se recupera el concepto de *anagrama*, que Kristeva reformulará en términos de *paragrama*, entendiéndolo por tal una práctica escrituraria que desarticula y disemina los constituyentes fónicos de un nombre propio. De ello deviene un espacio *tabular* y *volumétrico*, en el cual las relaciones significantes deponen lo lineal, trazando articulaciones discontinuas tanto en el plano de lo fonológico como en el de lo sintáctico y lo semántico.

Estos modelos, como fácilmente se advertirá, guardan afinidades y similitudes teóricas con la concepción derrideana de *escritura*, concebida ya no a la luz de factores y procesos productivos, sino más bien como un proceso de autoengendramiento que se resiste a toda posibilidad de subsunción por parte de cualquier exterior. Estamos en el lugar radical de lo absoluto textual que, más que en términos de inmanencia, se piensa en todo caso como plenitud y totalidad, casi al modo de una nueva versión de la idea del Mundo como Libro, o de Libro Total en el pensamiento de Mallarmé.



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

Digamos, por último, para terminar de dibujar el horizonte teórico del postestructuralismo francés y de su recepción argentina, que otra fuente insoslayable estuvo dada por el psicoanálisis lacaniano, que hizo su entrada triunfal en el campo intelectual nativo por aquellos años. El psicoanálisis lacaniano excedió largamente el ámbito de la Teoría Literaria, puesto que tuvo un proceso de *institución* que trascendió, largamente, los límites académicos y universitarios. Liderado por Oscar Masotta —que abandonó el campo de la crítica literaria y del análisis semiológico por el que había transitado después de participar de *Contorno*—, a principios de los años 70 se produce el fenómeno de la plena introducción del *lacanismo* en la Argentina. Masotta funda la Escuela Freudiana de Buenos Aires en 1974, y mantiene una fuerte actividad que incluye invitaciones a psicoanalistas franceses al país y una visita suya a París en 1975. Producido el golpe militar de 1976, Masotta parte al exilio, radicándose en Barcelona donde continuaría su actividad como psicoanalista.

4. Primera ocurrencia: Noé Jitrik

Hay un libro que representa una de las primeras manifestaciones del postestructuralismo argentino: *Producción literaria y producción social*, de Noé Jitrik, publicado en 1975 por la Editorial Sudamericana de Buenos Aires. Ese libro contiene un capítulo que le da su nombre, «Producción literaria y producción social». Así, el título del capítulo —y por transitividad el del propio libro— anticipa una perspectiva teórica y epistemológica que considera a la literatura como un fenómeno productivo, en correlación con los procesos sociales de producción de bienes.

El capítulo está dividido en una serie de secciones o apartados, identificados por medio de números romanos. En los dos primeros de esos apartados se plantean sendos deslindes: el primero está referido a la dimensión ideológica y teórica donde se situará el asunto a tratar; el segundo, a su vez, referirá a la cuestión de la especificidad propia de tal asunto.

De manera que, en el primer deslinde, se propone considerar a la literatura no como un asunto de *creación* —al modo de *un recinto de objetos creados*, dice el texto—, sino como un campo *marcado por una producción*. Por ello, podemos agregar nosotros, a la concepción idealista o espiritualista de la literatura, de tradicional raigambre en las universidades e instituciones de la cultura, se opone una *concepción materialista* que la entiende en términos de *producción textual*. Ello supone, además, distinguir dos campos: el de la producción de textos y el de la producción



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

de conocimiento sobre esos textos, como es el que brinda el *trabajo crítico*.

Junto con ello, el apartado señala que se trata, además, de pensar en qué consiste la relación existente entre producción literaria y producción social. Ello exige una teoría que, liberándose de la noción de reflejo, pueda discernir las relaciones que se establecen entre los modos de producción de una sociedad y el modo de producción de un texto. Allí se reconoce un cuestionamiento a las versiones marxistas ortodoxas de la teoría literaria — siempre proclives a pensar lo literario *como reflejo* de lo social— al propugnar una teoría que sea capaz de pensar los vínculos o relaciones de homología que se puedan establecer entre ambos campos.

El segundo apartado plantea, como se dijo, la cuestión de la especificidad de la producción literaria. El término tiene connotaciones formalistas, ya que fue el Formalismo Ruso el primer movimiento que postuló la especificidad del hecho literario en relación con el conjunto de los hechos verbales y sociales. Pero acá la especificidad no está referida a la producción literaria sino al trabajo crítico, por lo que el término refiere, en concreto, a las funciones y finalidades de la práctica crítica a la hora de abordar los procesos de producción textual.

El tercer apartado retoma la cuestión de la producción de textos, para introducir una serie de precisiones al respecto. En él se afirmará que aquello que se denomina *producción textual* no es más que la *escritura*, en su acepción más lata. Por tal razón, se define ahora a la escritura como el *conjunto de operaciones* que transforman lo dado de la palabra —reglas, connotaciones, imágenes verbales— en un nuevo acontecimiento caracterizado por la aparición de una nueva significación. De ese modo, el término *escritura* y el concepto que comporta se proyecta sobre el plano de las acciones prácticas capaces de transformar una cierta materialidad, en este caso, la del lenguaje. Es por ello que el capítulo podrá sostener que *la escritura es un trabajo susceptible de ser considerado como todo trabajo humano*, tanto en cuanto a las leyes que justifican su necesidad, así como a las que desarrollan o fijan su función en el conjunto social.

Dicho lo cual, se enuncian tres particularizaciones. La primera afirma que la escritura no comienza en el primer instante de gestación sino antes, en el conjunto de determinaciones que la hacen posible. Es decir: se origina en, o a partir de, una serie de *determinaciones sociales* (que establecen su necesidad y su función, por ejemplo «escribir bien») y *determinaciones psicológicas* (alguien siente que puede y debe escribir, y lo hace de acuerdo con un instrumental ideológico). De ese modo, se reconocen diversos factores o causas que determinan la emergencia



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

de la escritura, tanto en el plano de lo social-objetivo como de lo personal-subjetivo.

La segunda particularización sostiene que la escritura opera sobre ciertas leyes que permiten su desarrollo. Se trata de *normas técnicas*, que poseen una articulación propia, pero que guardan estrecha relación con las técnicas de la producción social en general. Mientras que la tercera particularización propone que el trabajo de la escritura no se agota en la transformación de su objeto. Por el contrario, continúa, se reitera y se modifica en la reproducción de su función que consiste, como todo trabajo social, *en significar*. A propósito de ello, el apartado señala que, a diferencia del objeto real producido, cuya significación queda vaciada en el acto del consumo, el objeto de la escritura, como objeto de conocimiento, *mantiene llena su significación y engendra respuestas* que tienen en cuenta la ideología de la función que debe cumplir. Por caso, una ideología de la escritura que la entiende como excepcional realizará *una lectura sagrada* de la misma, mientras que una ideología que reconoce en la escritura el trabajo que la ha generado percibirá de qué manera la significación se articula con el trabajo *que remite al sentido*. De manera que, en su producción, la significación juega de doble manera: *intenta ya sea adecuarse a lo dado, ya sea modificarlo*, lo que da lugar, respectivamente, a *una literatura (escritura) conformista y una literatura (escritura) crítica*.

El cuarto apartado se ocupa de otra cuestión fundamental, como es el análisis de lo que vincula al trabajo textual con el social. Así, en él se postula que el puente que une el trabajo específico textual con el trabajo social está constituido por *la ideología*. La noción de ideología no es explicitada ni tampoco remite a fuentes teóricas, pero en la lectura del mismo queda claro que se trata de un uso evidente de la noción marxista de ideología, modulada seguramente por la relectura del término que practica Althusser. Al respecto, el apartado dice que se trata de ver qué de cierta ideología del trabajo social pasa al trabajo textual, dando por supuesto que una misma ideología sostiene ambas prácticas. Por ello, se puede asimismo afirmar que las técnicas de escritura son similares a las técnicas del trabajo social: siendo la (misma) ideología lo que media entre ellas, sus características deben ser, por consiguiente análogas. De todos modos, una literatura crítica puede acentuar la distancia respecto de la ideología, alejándose de esa forma de la noción de consumo.

Finalmente, el quinto apartado aborda la cuestión de la *significación textual*. Allí se plantea la diferenciación entre *significación* y *significado* a partir de la noción saussureanas de signo lingüístico, entendido como la articulación arbitraria de un significante y un significado. A propósito de ello, el trabajo sostiene que, desde un



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

enfoque materialista, tal partición no solo es idealista, sino que, por otra parte, la idea de arbitrariedad elimina o al menos se congela la perspectiva humana de su producción. En tal sentido, se plantea otro punto de vista acerca del signo lingüístico, al proponer que el signo es *el resultado de un trabajo sobre el significante*, caracterizado por significar, es decir, por *producir una significación*. Por ello, una verdadera *ideología de la significación* permite tender un puente entre la escritura y la lectura, consideradas ambas como un trabajo productivo ligado al trabajo social en su conjunto. El apartado opone, en consecuencia, la noción saussureana de significado —por remitir a lo preexistente, con el fin de representarlo— a la noción de significación, que, en vez de representar un proceso o un trabajo productivo, lo exhibe, haciéndolo presente en el propio texto. De ello se infiere que si la significación se subordina a la ideología dominante niega su propia fuerza productiva, pero que si la asume, diferenciándose de ella, podrá generar escrituras y lecturas activas y transformadoras.

5. Segunda ocurrencia: Josefina Ludmer

En 1977, Josefina Ludmer publica en Buenos Aires el libro *Onetti: los procesos de construcción del relato*, a través de la Editorial Sudamericana. El libro está guiado por uno de los postulados fundamentales del postestructuralismo, aquel que plantea que un texto —todo texto— no es más que un proceso por el cual se exponen, se representan, los mecanismos generativos de su propia escritura, desplazando la noción de representación del hecho de remitir a un objeto o referente, al hecho de *remitir a sí misma*. No es difícil situar tal postulado en el linaje teórico que constituyen el Formalismo Ruso y el Estructuralismo, para los cuales la idea de autorrepresentación de los signos —la célebre función poética establecida por Roman Jakobson— es lo que caracteriza a la lengua literaria. Claro está que ahora no se trata de encontrar las manifestaciones especulares de un signo o de un lenguaje, sino las manifestaciones *de la productividad que lo engendra*, como diría Kristeva.

Dado que sería demasiado extenso considerar al libro en su conjunto, nos limitaremos a considerar su «Introducción», puesto que en ella se exponen los principios teóricos y metodológicos que rigen su desarrollo, que componen ciertamente un programa de trabajo crítico. Digamos, al respecto, que esta «Introducción» está dividida en una serie de párrafos, por lo cual nuestro comentario se basará en lo que dicen ellos exclusivamente.

Comencemos, entonces, por el primer párrafo. En él se afirma que *el universo Onetti* se constituye en *La vida breve*. En esa novela, señala Ludmer, el narrador refiere



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

cómo es posible que él cuente, erigiendo, por este mero hecho, una compleja dialéctica que simula desplegarse entre *la realidad, la ficción y el sujeto* que las articula. Por ello, por tratarse de un texto que narra el proceso de narrar, *La vida breve* se sitúa en el interior de la obra de Onetti como *un espacio fundante*: allí emergen escenas, motivos, lugares, un ritmo, una lógica, un modo de abrir y cerrar relatos, que en adelante serán momentos altamente significativos.

De tal forma, el hecho de *escribir sobre el escribir* dibuja un esquema que habrá de reproducirse en relatos posteriores.

El segundo párrafo aborda *la cuestión del lenguaje*. Al respecto, el trabajo afirma que el lenguaje siempre es referencial, aunque *heterogéneo en relación con lo que nombra*. Porque la palabra, dice Ludmer, leída en función literaria, *representa y se representa*, haciendo que *la unidad mínima* del discurso literario sea el *enunciado doble*. Así, esa *ambivalencia* primera se amplifica rápidamente y lleva a pensar en un sistema referencial simultáneo y sobredeterminado, en el que los signos cumplen una doble función, consistente en designar y representar al mismo tiempo. No resulta demasiado complejo reconocer, en estas proposiciones, un léxico típicamente bajtiano: *enunciado doble, ambivalencia*, son términos característicos del discurso de Bajtin, particularmente de aquel que se enuncia en *Problemas de la poética de Dostoievski*.

Lo que los signos designan y representan al mismo tiempo, según Ludmer, es:

- el objeto del discurso (lo que se cuenta)
- las otras palabras y enunciados en el interior del relato (formando redes y sistemas diversos)
- un estado específico del lenguaje (registros, voces múltiples)
- la literatura: toda narración transporta los signos de lo literario
- otros discursos literarios o no (como imitación, estilización, réplica, parodia)
- el sujeto que lo emite (el lenguaje instituye la subjetividad, la posición del que lo usa, las contradicciones sociales y el destinatario, explícito o no)
- su propio modo de instituirse como relato, su génesis, condiciones, procesos y objetivos
- la realidad histórica y sus contradicciones de clase
- la demanda social y el mercado

Es por ello que no hay *un* referente, como tampoco se trata de leer directamente la representación, como si el texto fuese un espejo normal y pasivo frente a lo dado. Los modos de producir representaciones son modos de pensar



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

e imaginar, son ideologías: la escritura es esa práctica activa de apropiación en una pluralidad de lenguas, concluye el párrafo.

El tercer párrafo, por último, plantea que la lectura de *La vida breve* se funda en el concepto de *modo de representación, en el texto, de las condiciones y procesos de construcción del relato*, sin que ello signifique que se trate de un sector privilegiado en el análisis. Este postulado puede sintetizarse en lo que se dice a continuación. En primer lugar, la narración cuenta *su acceso al signo y a los lugares materiales de la escritura*. Dice, de tal forma, a partir de qué se abre, cuál es su condición de posibilidad, y surge en la lectura el concepto de negación: si el signo es *el asesino de la cosa*, las primeras preguntas deben referirse a lo que se mata (niega) para poder nombrar.

En segundo lugar, el lenguaje no es una superestructura, ya que sobredetermina materialmente todo proceso que lo utiliza como materia. En virtud de esa sobredeterminación, el relato representa, en primera instancia, *la organización del lenguaje sobre la estructura del texto*. Por tal razón, en todos los relatos es posible encontrar los dos ejes básicos del lenguaje que postula la lingüística estructural: el de contigüidad —sintagma— y el de semejanza —paradigma—, de modo que el primer momento de la investigación consiste en verificar el modo en que *el texto transpone a su organización la estructura de su materia prima*. Y en segunda instancia, lo que todos los relatos representan, cada uno en forma diferente, es el trabajo de transformación que la escritura imprime sobre la lengua, su modo de producción específico: así, en *La vida breve*, el estilo *se reproduce como tema, motivos, personajes, que duplican el trabajo de la lengua*.

Se trata de un mecanismo muy complejo en el cual cada uno de los datos de la escritura (trabajo sobre la lengua, enunciación, significación) es a la vez alguno de los motivos del relato. Esto equivale a pensar la *forma* como *fondo* sin analogismos, en una red de reflejos e interacciones mutuas cuyo efecto es la representación de un mecanismo constitutivo del estilo, y a la inversa. En tercer lugar, finalmente, la *ficción* de Santa María reproduce la *realidad* de Buenos Aires. El sujeto que escribe se reitera en otro; el relato pone en escena las mutaciones que debe sufrir el autor para engendrar a los otros personajes. Esas acciones y mutaciones representan un rito de iniciación por el que debe pasar un personaje para devenir en narrador. Todo lo cual manifiesta la ecuación constitutiva de lo imaginario en Onetti: *la ficción equivale a la duplicación representativa, desplazada e invertida, de los datos de la realidad*.



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso
Universidad Nacional de Rosario
DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

6. Tercera ocurrencia: Gerardo Mario Goloboff

En 1978, la Editorial Huemul de Buenos Aires publicó el libro *Leer Borges*, de Gerardo Mario Goloboff. Este docente e investigador argentino se doctoró en Letras por la universidad de Toulouse II-Le Mirail en 1977, recibiendo su diploma de Doctor de Estado en Letras, por la universidad de La Sorbona, el mismo año. Por otra parte, desde 1973 hasta 1999 Goloboff dictó clases en distintas universidades francesas. Si bien biográficos, estos datos permiten comprender los vínculos estrechos que supo labrar con la cultura francesa, lo que se vuelve evidente al leer su libro sobre Jorge Luis Borges. Dicha obra analiza por una parte las ficciones borgeanas, por otra la poesía de Borges, y por último los últimos textos del autor de «El Aleph».

El libro en su conjunto expone, nítidamente, la filiación que guarda Goloboff respecto de la teoría postestructuralista. Así, en el capítulo denominado «Interpretación» dirá que, respecto de la obra de Borges, *nuestra percepción es la de un texto acabado que ha sufrido, sin embargo, un proceso de producción*. Es por ello que, para comenzar a comprender ese texto, se trata de recuperar su momento inicial, no en sentido temporal sino estructural. Ese momento inicial tiene lugar cuando se engendra y se desarrolla un movimiento contradictorio que lleva a la ruptura entre el material transformable y el sujeto de las transformaciones. Por tal razón, ese momento *debe y puede descubrirse en el texto ya estructurado*, para lo cual el análisis debe reconstruir desde el texto su camino llegando a su origen, al que se llamará «núcleo».

Como se puede apreciar, se trata de proposiciones teóricas que postulan la posibilidad de leer, en el texto manifiesto —estructurado— las marcas o las trazas del proceso productivo que lo ha engendrado. Esta clase de proposiciones se reconocen, de manera constante, a lo largo del libro. Así, en un capítulo dedicado a la narrativa de Borges, intitulada «Entre el libro y la lámpara», al referir al cuento «El Aleph», Goloboff sostiene que el narrador del relato se enfrenta con conflictos intensos. Por ejemplo, al afrontar una poesía que pretende *ser un reflejo del mundo* —como el poema de Carlos Argentino Daneri llamado «La tierra»— y otra *hecha de signos y opiniones vacuas* que, en su conjunto, se oponen a *una reserva que la literatura no toca, pero está*. Tal reserva solo podrá alcanzarse, afirma Goloboff, mediante una práctica que *ya no será literatura*, ni tampoco *representación de un entorno*, puesto que consiste en *una exploración del mecanismo que rige el funcionamiento de la lengua / de la significación*, como sostiene Kristeva en su trabajo «Semanálisis y producción de sentido». No es la única remisión a Kristeva: pocas páginas después, afirma que Borges demuestra que su «fantástico» está más allá de la palabra, y con ello que el texto *es y no es lenguaje*, puesto que es *práctica*



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

translingüística, «*productividad ocultada*», como sostiene Kristeva en el mismo trabajo.

De igual modo, pocas líneas más adelante Goloboff dirá que Kristeva enuncia que *si las palabras son monedas (agentes de la comunicación), la función del poeta es transformarlas en oro*, al darles la pluralidad significativa, la plusvalía que la comunicación reduce. Por ello, puede afirmar asimismo que, en Borges, la literatura *no representa* y se erige a sí misma *como una elaboración, no como un resultado*. O, en otras palabras, *como un proceso donde más que darse los signos un sentido, se buscan, se exploran los mecanismos por el cual un sentido pueda producirse*. Es en medio de este proceso donde el autor entonces se hace *Nadie*, es decir, un narrador borrado.

Así como ocurre cuando se tratan los relatos de Borges, en la sección del libro dedicada a su poesía se reconoce igualmente la perspectiva postestructuralista de su tratamiento. En el capítulo que lleva por título «Ser hombre», se analiza un soneto cuyo título es «Emerson», perteneciente al libro *El otro, el mismo*. El soneto dice:

Ese alto caballero americano
Cierra el volumen de Montaigne y sale
En busca de otro goce que no vale
Menos, la tarde que ya exalta el llano.
Hacia el hondo poniente y su declive,
Hacia el confín que ese poniente dora,
Camina por los campos como ahora
Por la memoria de quien esto escribe.
Piensa: Leí los libros esenciales
Y otros compuse que el oscuro olvido
No ha de borrar. Un dios me ha concedido
Lo que es dado saber a los mortales.
Por todo el continente anda mi nombre;
No he vivido. Quisiera ser otro hombre.

Lo primero que plantea Goloboff al hablar del poema es que el «otro» de Borges no remite a un individuo en particular, sino a una pluralidad de nombres autorales, entre los que se encuentran Blake, Cervantes, Milton, Shakespeare, Poe, Quevedo y tantos otros que recurrentemente ocupan ese sitio. Que ese «otro» no sea unitario, lejos de restarle potencia le confiere una relevancia decisiva en la obra borgeana.

Al respecto, Goloboff dirá que las cuestiones que intenta trabajar aparecen algunas veces explícitamente en el plano expresivo, mientras que otras se desplazan al inconsciente de la palabra. Por ello planteará que se trata de estudiar cómo, en el nivel más profundo que el de la redacción del poema, el poeta está trabajado (y se ve trabajado por) realidades que poseen sus propias leyes: *la realidad del lenguaje, la realidad de las lenguas, la realidad de los espacios vacíos (no hablados) del discurso*. Esos



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

espacios, según Goloboff, se llenan de manera dificultosa y hasta clandestina; el inconciente se vale para ello de unidades más pequeñas que la de las palabras. El discurso poético se desarrolla entonces en dos planos, que son simultáneos (espacial y temporalmente), excluyentes (una lengua hablada impide las otras) y complementarios, pues uno dice lo que el otro no puede decir.

Es a partir de estos supuestos claramente psicoanalíticos que se procede al análisis del texto. Para ello, se considera en primer lugar las concordancias fónicas, sintácticas y semánticas que ofrece el poema. Después de ello, se toman en cuenta el número de ocurrencias que revelan determinados fonemas y grupos fónicos: se destacan, desde ese punto de vista, las secuencias *mer - men - er - en - me - on* y *om*, dado que *er* está repetido seis veces, los grupos *om - on* once veces y el grupo *en* también once veces.

Esa contabilidad fonemática representa, claramente, un análisis anagramático a la manera de Saussure, donde no solo estaría diseminado el nombre propio del poeta, sino además el vocablo *men* (hombre en inglés), que estaría inscribiendo, sobre la letra de Borges, la letra del «otro» — de Emerson—, de quien Borges *tradujo* un libro denominado *Representative Men* (*Hombres representativos*)

7. Cuarta ocurrencia: Nicolás Rosa

En el número 9 de la revista *Punto de Vista*, correspondiente a los meses Julio-Noviembre de 1980 (su año 3), Nicolás Rosa publicó un trabajo que posteriormente fue reeditado en su libro *Los fulgores del simulacro*, publicado por la Editorial Nacional del Litoral en 1987. Ese trabajo tiene por título «La operación llamada “lengua”», tanto en la revista como en el libro posterior.

En ese artículo, Rosa afirma que en el proceso de producción teórica de Saussure dos son las operaciones que fundan el saber saussureano: la noción de *signo* y la noción de *lengua*. Por ello, afirma que la operación llamada «lengua» puede ser leída como un trabajo de axiomatización sobre la secuencia Lenguaje / Lenguas / Habla. Si por axiomatización se entiende el establecimiento de axiomas que permiten la postulacion rigurosa de teoremas, resulta evidente que estamos en presencia de un proceso de *formalización*, incluso de *matematización*, de esos objetos teóricos propuestos por Saussure.

Es por ello que, al enfrentarnos con el *lenguaje*, advertimos que no se presta a la operación de *homogenización* iniciada por Saussure, quien intenta llevarla adelante postulando a la *lengua* como *modelo construido*, por el



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

cual se suprimen los caracteres multiformes de un hecho radicalmente complejo. Según Rosa, se trata de una operación *ideológica* por la cual se intenta *reducir un objeto heterogéneo a un modelo homogéneo*. Del mismo modo, frente a *las lenguas*, Saussure opta por *la lengua*, lo que supone otra reducción del objeto de estudio, al intentar compensar la pluralidad de lenguas con una singularidad absoluta, que tiende a reponer una abstracción idealizante.

Por otra parte, el artículo sostiene que esta operación se completa con la exclusión del habla del campo teórico o del objeto de la lingüística. La lengua, entonces, aparece en el nivel metateórico como *el negativo abstracto de una serie de operaciones de exclusión*. Como se sabe, la lengua para Saussure no es sustancia, es pura forma organizada por entidades también formales que se significan por exclusión: son entidades negativas, opositivas y relacionales. Por tal razón, dirá Rosa, estas entidades solo son verificables por la repetición, sin que se fundamente la lógica de esa repetición. Así, el artículo afirma que el supuesto de Saussure es que *la lengua es una forma representable, y por ende, cuantificable*. Y este supuesto es compartido por todas las gramáticas de reconocimiento que reescriben, en otro nivel, lo que la lengua ha nombrado en su propio sistema.

Sin embargo, Rosa dirá que nada de esto explica lo que son los procesos de producción lingüística. Al reprimir la *praxis lingüística*, se reprime generalmente el referente, oponiendo una clase abstracta (nominación) a la clase de cosas concretas. Recuerda, a propósito, que Saussure propone lo repetible sin preguntarse por la repetición, mientras que quien efectivamente se pregunta por ello es Freud, a partir del concepto de *compulsión de repetición*. Es por ello que Freud, a diferencia de Saussure, se ocupa de *lo descartable de la lengua*, de lo accidental. De manera que, frente a la lengua saussureana, Freud tomará partido por *el uso*, privilegiando la sustancia (gráfica-fónica) del significante, en las formaciones del inconciente. Y por las mismas razones, frente a una lengua *sin sujeto*, Freud se inclinará por *el sujeto de la lengua*.

Como se advierte fácilmente, el trabajo de Rosa critica a la lingüística saussureana por no tomar en cuenta los usos concretos que la lengua supone y los sujetos que lo activan. En función de ello, aborda además las notas escritas por Saussure a propósito de los anagramas. Así, el artículo afirma que, al hablar de los anagramas, Saussure se ve obligado a interrogarse sobre cuestiones axiales, como son la del sujeto productor y la de las articulaciones del discurso, ya que en esas notas se interroga sobre las regularidades del discurso, concientes o inconcientes. De ello se infiere que la cuestión del anagrama viene a cuestionar muchas de las proposiciones teóricas del *Curso de lingüística general*. El anagrama, nos



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

recuerda Rosa, *no puede ser asimilado al operador Signo*, puesto que no es un elemento diferencial ni arbitrario, como tampoco es una entidad opositiva ni negativa. Por el contrario: el anagrama *posee su propia sustancia*, y cuestiona el principio del tercero excluido, ya que está presente y ausente al mismo tiempo.

De tal modo, esta teoría de la producción textual impone la pregunta por *el sujeto productor* y por el estatus de su actividad (conciente/inconciente), junto con la consecuente interrogación respecto de la libidinización del discurso. Los anagramas, dirá Nicolás Rosa, proponen la problemática de una *retoerótica*, que debe ser atendida. Al respecto, y situándose no solo en la perspectiva freudiana sino también lacaniana, dirá que toda acción de palabra es *ella misma más (+) un resto*. Un resto lógicamente *no calculable*. Por ello, este resto opera la desposesión del todo unitario, para erigirse en un *uno negativizado* en el discurso, no siendo representable por el cálculo. Ese resto, prosigue el artículo, encuentra en la «anomalía» su mayor grado de saturación: por ejemplo, en el lapsus, en la homofonía. Es allí donde emerge *la articulación de la lengua con el deseo inconciente*, allí donde el sujeto de la lengua/sujeto del deseo se produce adviniendo como *parlêtre*. Y a este exceso, este resto, Lacan lo ha nombrado como *lalangue*.

Por otra parte, Nicolás Rosa recuerda que Saussure, en el *Curso de lingüística general*, no da cuenta de una teoría de la significación, por lo que la semántica aparece como el lado negativo del sentido. Lo que sí elabora es el concepto de *Valor*, que también es concebido negativamente. Por ello, uno de los axiomas fundantes de su edificio teórico —la lengua es pura forma— resulta el sedimento para la célebre definición que afirma *la lengua no es más que un sistema de valores puros*. En consecuencia, el valor aparece como la base del estructuralismo relacional saussureano: es un «concepto» que no posee significación «inicial». El valor, tautológicamente podría decirse, es un valor limitado por su relación con los otros valores: sin ellos, la significación no existiría. Es por eso que el valor es un elemento *puramente diferencial*. No es en sí mismo sino que *es lo que los otros no son*.

La exclusión del afuera del lenguaje (sujeto, sociedad, trabajo), concluye Rosa, aparece como la represión mayor realizada sobre el lenguaje. Excluido el sujeto, la lengua aparece como un sistema de equivalencias que nada determina fuera del estado momentáneo de sus términos. Sin embargo, ello impide explicar lo reprimido en el discurso, por ejemplo, la elipsis. En las *Fuentes manuscritas* recopiladas por Godel, encontraremos que Saussure afirma que la elipsis no puede ser producto de una equivalencia entre unidades, ya que no se puede conocer cuáles son las palabras elididas del texto

NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso
Universidad Nacional de Rosario
DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

manifiesto. De ahí que la conciba como *un excedente de valor*, dado que un sistema que establece semióticamente una relación asintótica entre sus términos, generando un resto no subsumible en la significación, supone un exceso que solo puede ser nombrado como un excedente, esto es, como un producido más allá de las leyes del sistema.

8. A modo de conclusión

Todo lo expuesto precedentemente constituye, si no una exhaustiva descripción, por lo menos el trazado de ciertos rasgos distintivos de lo que, en Argentina, representó la recepción del postestructuralismo francés entre las décadas del 60 y 70 del siglo XX. Situados dentro de un marco contextual, donde se señalan los aspectos históricos, sociales, políticos y culturales de dicho fenómeno, esos rasgos pretenden dibujar tanto las características del horizonte de recepción dentro del que se produjo, como las de un conjunto de textos producidos en el país, por cuatro investigadores que adscribieron a dicho paradigma.

Respecto de estos textos, a los que concebimos como verdaderamente icónicos en relación con la recepción del postestructuralismo en la Argentina, no diremos más de lo que ya apuntamos más arriba. Todos ellos representan, con holgura, la apropiación y la utilización de los principios y categorías teóricas de dicha tendencia, aunque expongan modulaciones, orientaciones, y estilos que los diferencian, de manera nítida, entre sí.

Porque, así como el texto de Noé Jitrik enfatiza las relaciones de homología que pueden establecerse entre producción literaria y producción social, el de Josefina Ludmer se orienta claramente hacia el análisis de los mecanismos de autorrepresentación que supone la práctica narrativa. De igual manera, lo que distingue al texto de Gerardo Mario Goloboff es el encuadre estructural del trabajo analítico, mientras que lo que le da perspectiva y relieve al trabajo de Nicolás Rosa es el debate riguroso, de corte epistemológico, que plantea respecto de las principales categorías saussureanas, a partir de su adscripción a la teoría psicoanalítica.

Como también se dijo, estos trabajos crítico-teóricos florecieron en una particular etapa de la historia argentina, quedando desplazados en los espacios universitarios a partir de la restauración democrática de 1983. Lo cual no deja de suscitar importantes preguntas, como la que refiere a las condiciones institucionales de emergencia y afianzamiento de determinados discursos. Dicho de otra manera: ¿los discursos teóricos y críticos en el campo de la Teoría Literaria, nativa o europea, pueden sostenerse por su propio peso específico, o dependen de contingencias externas que los autorizan y validan?... Si



NOTAS CRÍTICAS

La recepción del
postestructuralismo
en la Argentina

Roberto Retamoso

Universidad Nacional de Rosario

DOI: 10.1344/452f.2021.24.15

bien en un nivel fáctico la respuesta parece orientarse hacia esta última posibilidad, desde un punto de vista epistemológico las cosas —creemos— no deberían ser de esa manera.

La Teoría Literaria, y la Crítica que de ella deviene, tendrían que legitimarse por la fuerza de sus ideas, por la riqueza de sus métodos, por la potencia de sus categorías. Y, en tal sentido, las prácticas híbridas, sincréticas, que son propias de nuestras experiencias académicas e institucionales, nos indican algo decisivo: si en la universidad argentina nuestro estatuto dependiente y remoto nos aleja de los centros donde el saber teórico se genera, esa distancia quizás augure algo valioso. Quizás augure la posibilidad de que podamos desembarazarnos de la sumisión irrestricta respecto de los discursos hegemónicos en los países centrales, y a partir de aquellas partes, de aquellos fragmentos —por no decir restos— que queramos recuperar, podamos construir, si no un discurso propio, al menos un discurso diferenciado que no sea mera réplica o pura mímica.

